

La Epistola es del cap. 15 del Eclesiástico

El que teme á Dios, obrará bien, y el que sigue la justicia, la poseerá, y le saldrá al encuentro como una madre venerable. Le alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le dará de beber del agua de la sabiduría saludable; y se establecerá en él, y no se doblará; y le sostendrá, y no será confun-

dido; y le exaltará entre los suyos, y en medio de la congregacion le abrirá la boca, y le llenará de espíritu de sabiduría é inteligencia, y le vestirá una estola de gloria. Pondrá en él un tésoro de gozo y alegría, y le dará por herencia un nombre inmortal el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

El que posee la justicia, poseerá la sabiduría. Solo los virtuosos son verdaderamente sabios. Sola la sabiduría cristiana es verdadera sabiduría. Sin el mérito y el espíritu de nuestra religion, lo que se llama sabiduría en el mundo no es por lo común otra cosa que una política estudiada, y muchas veces efecto del natural, del interés, ó de alguna otra pasión. Los sabios del paganismo no eran otra cosa que unos filósofos orgullosos y ridiculos, que en muchas ocasiones daban bastantemente á conocer que eran poco sensatos; se distinguían ordinariamente por unas ridiculeces que el pueblo admiraba, pero que las gentes de buen juicio miraban con desprecio y con indignacion. Ciertos vislumbres de razon les conciliaban muchas veces los aplausos de un populacho abrutado é insensato. Mirensese de cerca estos pretendidos sabios, y se hallarán muy pocos en cuya conducta no se encuentre algún grano de necedad y de manía. La mayor parte solo pensaban como dar al público escenas siempre ridiculas; todo su mérito consistía en ser y parecer solos y singulares entre los demás. No hay que cansarnos en querer ser sabios si no practicamos la virtud cristiana, que es el origen de la verdadera justicia. Toda la sabiduría está encerrada en el Evangelio; en sus consejos y en sus máximas halla la razon su esplendor y su mérito; siempre es sabio el que es sólidamente hombre de bien. Sola la piedad tiene por compañeros al buen juicio, á la rectitud, á la buena fe, á la mansedumbre, á la cortesía y á la afabilidad: ella sola tiene el secreto de hacer tratables y civiles los pueblos mas groseros, mas duros, mas bárbaros. Aunque se haya nacido con un entendimiento oscuro, aunque haya habido falta de educacion,

aunque una persona se haya criado en los montes, en medio de una nacion salvaje, si es verdaderamente cristiana, si tiene piedad, si es santa, es afable, oficiosa, humilde, caritativa, atenta, moderada, cuerda. El entendimiento se abre, se despliega, se labra desde el instante que las costumbres son puras. En una palabra, el juicio y la prudencia nacen y crecen con la piedad. ¿Se atreveria á llamarse sabio un hombre que no tiene conducta, y que se pierde? Que sea flemático y reposado, que hable poco, que lo luzca por su despejo; si con todas estas ventajas no obra su salvacion, es y será mirado por toda la eternidad como un insigne insensato.

El Evangelio es del cap. 21 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á Pedro: *Sigueme.* Volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesus, y que estuvo mientras la cena recostado en su pecho; y le dijo: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Pedro pues, habiéndole visto, dijo á Jesus: Señor, ¿qué ha de ser de este? Dicele Jesus: Quiero que permanezca así hasta que yo ven-

ga: ¿qué te importa? Tú sígueme. Divulgóse, pues, esta respuesta entre los hermanos de que aquel discípulo no moriría. Y no le dijo Jesus que permanezca así hasta que yo venga; ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió; y sabemos que su testimonio es verdadero.

MEDITACION.

Sobre la fiesta de S. Juan Evangelista.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no se puede decir cosa mas gloriosa para un hombre, ni que dé una idea mas alta de su mérito, que decir que es amigo de Jesucristo. Pues este es el carácter del discípulo amado. El mismo S. Juan no toma otro nombre que el *del discípulo á quien amaba Jesus*. Considera las grandes pruebas que este divino Salvador le da de su amistad. Le llama á su servicio en la flor de su edad; en todas ocasiones le da pruebas sensibles de su predileccion; quiere que sea testigo de todas sus maravillas. Inseparable de este divino Salvador, no le pierde de vista. Jesucristo le instruye, le forma y le hace digno de la ternura que le profesa, y de los insignes favores que le hace. Haciéndole su privado, le hace confidente de todos

sus secretos, y le da la inteligencia de los mas ocultos misterios; y cuando este divino Salvador no es conocido de los demás apóstoles, solo Juan le conoce. Finalmente, en la última cena, en aquel triunfo del amor infinito del Salvador del mundo, el amado discípulo tiene la honra, el consuelo y el privilegio, no solo de estar al lado del Hijo de Dios, sino tambien de reposar sobre su seno, sobre aquel divino corazon en que tenia, por decirlo así, el primer lugar. Pero lo que acaba y perfecciona el retrato de este amado discípulo del Salvador, es el don que le hace Jesus de su querida Madre. ¿Hubo jamás hombre mas estimado de Dios, santo mas privilegiado, valido de Jesucristo colmado de favores mas insignes? Pero si tuvo tanta parte en los favores del Salvador del mundo; si estuvo tan adentro en su sagrado corazon, ¿qué lugar no tendrá en el cielo, qué poder, qué gloria? S. Juan era el discípulo amado de Jesucristo, y merecia serlo. La eleccion que hizo de él nuestro Señor, sus caricias, sus dones muestran en qué grado tan alto logró este favor. Su pureza, su adhesion al Salvador, los servicios que preveía su Maestro le habia de hacer, muestran que lo mereció. Pidamos á este gran Santo que emplee su valimiento para darnos entrada en el corazon de su Maestro. Este es un bien sin comparacion mayor que ser dueños del universo.

PUNTO SEGUNDO. — Consideremos que si S. Juan fué amado tiernamente de Jesucristo, tambien él amó á Jesucristo con una ternura y una fidelidad perfecta. Desde que este divino Salvador le eligió por su discípulo, no se apartó jamás de él, siempre estuvo á su lado, siempre fué en su seguimiento. Ora el Salvador sea aplaudido, ora menospreciado, en el Calvario y en el Tabor, en su entrada triunfante en Jerusalem, en su prision en el huerto de Getsemani; ora resucite los muertos, ora sea llamado á los tribunales como un malhechor, ora esté en la cruz, ora en el templo, en todas partes se ve el discípulo amado á su lado: gran prueba del amor, del desinterés, de la sinceridad, del amor que profesaba á su divino Maestro. Por mas que todos los discípulos se llenen de confusion, teman, se desvien, huyan, ninguna cosa es capaz de intimidar á S. Juan. Por mas que prendan y aten á Jesucristo como á un sedicioso, por mas que le harten de oprobios, le condenen á muerte, le claven en la cruz á vista de todo el pueblo, S. Juan se está al pié del suplicio. Lejos de avergonzarse de haber aprendido en su escuela, hace profesion pública al pié de la cruz de ser discípulo de aquel á quien hacen morir como á un seductor y un impostor, y á quien ha-

cen un crimen capital de su doctrina. ¡Buen Dios, cuán generoso, cuán fuerte, cuán intrépido es el amor que se os tiene cuando este amor es puro! Este amado discípulo podia, como tantos otros, mantenerse un poco apartado de Jesus, y confundirse entre la muchedumbre para evitar el ser conocido, y de este modo evitar la confusion que le causaba el ser discípulo de un hombre á quien hacian morir por su doctrina, habiendo riesgo, como en efecto le habia, de ser envuelto en la persecucion. ¡O amor divino, y qué intrépido eres! Cuando se ama ardientemente á Jesucristo, solo se teme desagradarle; toda la rabia del infierno, toda la malicia de la impiedad, todo el furor de los hombres no son capaces de intimidar á un corazon que ama á Dios verdaderamente. ¡O Dios mio, á cuántos falsos amigos del Salvador del mundo confunde el amor de este Santo! ¡á cuántos falsos amigos les quita su ejemplo la mascarilla, y hace que parezcan lo que son! No hay amor de Dios en un corazon tibio, cobarde, inmortificado, que se avergüenza del Evangelio, y que quiere agradar al mundo y á Dios. Hacemos alarde de que amamos á Jesucristo, y no nos atrevemos á declararnos por sus discípulos. Nos gloriamos de que amamos á Dios, y no guardamos sus mandamientos; nos lisonjamos de que amamos á Dios, y en el fondo solamente nos amamos á nosotros mismos.

Señor, os suplico que me deis vuestro amor; pero aquel amor puro, ardiente, generoso, que ni se deja debilitar de la prosperidad, ni abatir de las adversidades de la vida; os le pido por la intercesion de vuestro discípulo amado, á quien vos amais tan tiernamente, y que os amó á vos tan fiel y constantemente.

JACULATORIAS. — Yo os amaré, Señor, y vuestro amor será toda mi fortaleza. (*Psalm. 17.*)

¿Quién podrá separarme jamás del amor de Jesucristo? (*Róm. 8.*)

PROPOSITOS.

1 Tres cosas contribuyeron al amor generoso que tuvo san Juan al Salvador del mundo. Su gran pureza, pues era virgen, su generosidad y su perseverancia; la tibieza nunca halló lugar en su corazon; su ternura de hijo para con la santísima Virgen, á quien siempre estimó y sirvió como á su madre. Con estas tres virtudes tambien tú adquirirás este ardiente amor. La pureza de corazon y de cuerpo es el carácter de los que siguen al Cordero; la perseverancia corona á las almas que han sido

fiel; y la tierna devoción á la santísima Virgen, consigue, mantiene y fortifica estas dos esenciales virtudes. Sé puro de corazón y de cuerpo; conságrate para siempre al servicio de la Virgen santísima; ámala como á tu querida madre, y pídelo te alcance de su Hijo la gracia de la perseverancia.

2. San Juan tiene mucho poder y valimiento con Dios y con la santísima Virgen; tenle toda tu vida una tierna devoción; y ten una particular confianza en este gran Santo. Pídelo te alcance una gran pureza, una tierna devoción á la santísima Virgen, y la perseverancia en el amor de Dios; pero no dejes de hacerle todos los días alguna súplica: la que se sigue es muy propia para pedir la pureza.

Cordero sin mancha, que escogiste por madre una virgen, inspíradme un amor ardiente á la pureza, y un vivo horror al vicio contrario, que me aparte de las ocasiones peligrosas, y que jamás me deje vencer del atractivo del deleite. Dame, ó Dios de pureza, vuestra gracia, para que vele con tanto cuidado y ore con tanta eficacia, que el tentador no consiga jamás ventaja alguna sobre mí. Cuento, beatísima Virgen, con vuestra protección, y con la intercesión del discípulo amado.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS INOCENTES, en Belén de Judá; á los cuales hizo matar el rey Herodes persiguiendo á Jesucristo. (*Véase su historia hoy*.)

LOS SANTOS MÁRTIRES EUTIQUIO, presbítero, y DOMICIANO, diácono, en Ancira en Galacia.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CASTOR, VÍCTOR Y ROGACIANO, en el Africa.

LOS SANTOS MÁRTIRES INDES, EUNUCO, DOMNA, AGAPES Y TEOFILA, vírgenes, y otros compañeros, en Nicomedia; los cuales en la persecución de Diocleciano, después de haber vencido diversos géneros de crueles tormentos, alcanzaron la corona del martirio.

SAN TROADIO, mártir, en Neocesarea en el Ponto; estando para espirar este Santo, en la persecución de Decio, asistió en espíritu S. Gregorio Taumaturgo, y le alentó á sufrir el martirio.

SAN CESARIO, mártir, en Arabia en la Armenia menor; el cual fué martirizado en el imperio de Galerio Maximiano.

LA GLORIOSA MUERTE DE SAN FRANCISCO DE SALES, obispo de Ginebra, en Leon de Francia; al cual por el ardentísimo zelo que mostró en la conversión de los herejes, canonizó Alejandro VII. Su fiesta por